

diálogo

elena poniatowska: hasta no verte Jesús mío

Por Margarita García Flores

cuatro a seis, de todas las semanas, y yo esperaba el miércoles con una gran ansia. Llegaba y Jesusa no me hablaba más que de la señora dueña de la vecindad que ya no era como antes; de que el cuarto se le había llenado de agua, que la coladera del centro del patio estaba tapada y no la quería mandar destapar, que no quería resanar el techo, etcétera, entonces, me recitaba una letanía de quejas larguísima que abarcaba las dos horas. El miércoles siguiente eran quejas sobre su hijo adoptivo o sobre los vecinos, o el detalle pormenorizado de sus achaques y esto impedía el relato, impedía que me contara lo que a mí me interesaba. Además, Jesusa es muy repetitiva y como toda la gente solitaria, muy obsesiva.

—¿Tú le tienes mucha simpatía?

—Sí, yo la quiero enormemente. Es una de las gentes que más lecciones me han dado. La admiro, quisiera tener su fibra, su coraje, su capacidad de indignación, su orgullo.

—¿De qué manera se refleja esa simpatía en la novela? ¿La tratas con mucho cariño? ¿Muy objetivamente?

—Fíjate que el de la novela es un material muy manoseado. Tenía más de mil cuartillas porque como no podía armar la novela, escondía mi incapacidad en volverle a preguntar a Jesusa cosas que ya le había preguntado. ¡Y otra vez a preguntar! Después le leía sus respuestas —porque si quieres, esta novela es una inmensa, una exhaustiva entrevista—, para ver si estaba correcto y ella me decía que no era exacto, que yo no lo había puesto como ella lo decía. Yo creo que a todos nos pasa. Si nos piden que contemos tres veces algo que nos sucedió, nunca podremos repetirlo igual. Llegará un momento en que inventemos a pesar de nosotros mismos. Cada vez que me contaba algo, Jesusa hacía ligeras variantes, según el humor del momento. Por eso opté por ya no leerle nada... Hay ciertos temas que ella nunca quiso tratar, al menos, respondiendo a preguntas mías. Después fueron saliendo, pero jamás la forcé a que me dijera cosas que no quería. Nunca abordamos temas íntimos; siempre dijo lo que ella quería decir, nunca más de lo que quería decir... Al empezar la novela yo no tenía más intención que oírla, nunca dirigirla o empujarla... Ella habla mucho de la Obra Espiritual y tuve que cortar grandes

párrafos, páginas y páginas. Hice muchos diálogos para aligerar el texto; puse imágenes y construí capítulos. Por eso se trata de una novela y no de una cosa antropológica.

—¿Le das más importancia al diálogo o al monólogo?

—No sé, nunca me he puesto a pensar si hay más diálogo que monólogo. Yo traté de hacerlo lo más legible posible, que no fuera una especie de ladrillo.

—¿El lenguaje que empleas es el que ella habla?

—Sí, aunque el lenguaje también fue un problema porque cuando la conocí hablaba muy correctamente, jamás decía una grosería. Después me fui a Europa y le escribí desde allá. Ella no sabe ni leer ni escribir, sin embargo iba con los evangelistas de Santo Domingo, les dictaba y así me contestó postales y cartas. Me hablaba de las cosas que pasaban en México, de que vino el ministro Fanfani de Italia, de lo que el Presidente dijo, y yo estaba de lo más asombrada. Sus cartas me llegaban antes que ninguna otra porque las ponía en el Correo Mayor. Cuando regresé ya había una relación de cariño grande. Entonces ella me empezó a hablar en su lenguaje propio que es muy crudo y que yo no sospechaba. Recuerdo que la primera vez que me dijo una grosería fue porque yo le estaba explicando que la gente era muy buena y que todos la querían a uno. Me dijo enojada: “¡No sea usted pen...! Nadie es bueno. Nadie la quiere a uno. Sólo usted de pen...!”

—¿Te gusta más este libro que *Lilus Kikus*?

—Escribí *Lilus Kikus* hace tantísimos años que ya no sé si me gusta o no me gusta.

—Pero acaban de sacar una nueva edición en la Editorial Veracruzana...

—Pues sí, pero eso no lo hace nuevo. Es simplemente una nueva edición. Este *Hasta no verte Jesús mío* realmente no sé si me gusta. Le tengo un poco de miedo.

—¿Por qué le tienes miedo?

—Porque nunca he hecho novela, porque sé que escribir es endiablado y porque ahora que he dejado el periodismo me doy cuenta que yo hacía las cosas a trompa talega, rápido, sin pensarlas, en una forma trepidante, y que así salían.

—¿De dónde te salió esa afición por todo lo popular de México?

—Pues yo creo que de las nanas. Fíjate que cuando llegué a México, me enseñaron a hablar las nanas porque nunca aprendí español en una escuela; las nanas que dicen “nadien”, que dicen “suidad”, cosas que yo hasta la fecha digo. Hasta decía “yo vide” porque las nanas nos enseñaron a mí y a otras niñas el español así. A la escuela íbamos a aprender inglés, hasta a contar en inglés, pounds, shillings and pence como si eso nos fuera a servir de algo. Yo nunca he ido a Inglaterra.

—¿Nunca has ido a Inglaterra con todo lo que has viajado?

—No, y fíjate que hubiera podido cambiar muy bien la moneda inglesa con eso de twelve pennies for one shilling...

—¿Estás contenta con el resultado de *Hasta no verte Jesús mío*? ¿Escribes otra novela?

—Mira, *Hasta no verte Jesús mío* fue hecha hace mucho cuando yo hacía mucho periodismo. No es una novela nueva. Yo quisiera hacer otra cosa pero me cuesta un gran trabajo. Hace poco leí una novela que no sé si tú leíste: *Estuche de muerte* de Susan Sontag y me quedé patidifusa porque es buenísima. Después de leerla pensé que nosotros no sabemos crear personajes. Los describimos pero no les damos vida interior. No son personajes con tres dimensiones; digamos que creamos personajes planos como en una fotografía.

—¿Por qué te preocupa tanto lo de la vida interior? ¿En qué sentido?

—Todos somos seres complejos ¿o no? Un personaje no se da a través de descripciones sino a través de actos, de pensamientos que nos lo van revelando, haciendo vivir a través de la novela.

—¿Tú piensas que ésa es una falla de tu novela?

—No, pero no por mérito mío sino por el mérito del personaje. Jesusa es tan fuerte que traspasa todas las barreras. Yo no la describo jamás. Ella misma es la que se da. Es como una plantita que tú siembras y que da muchas flores que tú no sabías que iba a dar.

—¿Te gustaría realmente hacer una novela psicológica?

—No. A mí me gustan las novelas donde suceden cosas, donde hay una historia que empieza y que termina. Si tú quieres, es infantil, pero a mí me gusta que me cuenten cuentos. Los estados de ánimo descritos hasta la saciedad me cansan horriblemente... En la revista *Punto de Partida* que me diste en la mañana leí un cuento, “La búsqueda”, de José Joaquín Blanco Alfaro de la Escuela Nacional Preparatoria, quien se ganó el Tercer Premio en el Segundo Concurso de la revista y me pareció muy bueno porque tiene sentido del humor; una manera de burlarse de sí mismo y de las situaciones que es poco frecuente, en nuestros medios

literarios donde todos nos tomamos horriblemente en serio ¡puros asnos solemnes! Mercedes con su hijo llega al Defe a buscar al padre, y recorre toda la ciudad. Al final milagrosamente lo encuentra. Pero le dice: "Pues entonces te voy a seguir buscando porque me va muy bien, porque cuando no te encuentro a ti, otra gente me ayuda, y así..." Yo pensaba que la pobre Mercedes iba a acabar en un llano, que se la iban a comer los perros, así como en los cuentos mexicanos, todo tétrico...

—¿En tu novela hay sentido del humor?

—Sí lo hay porque ella lo tiene.

—Tú también lo tienes. Pero ¿qué clase de sentido del humor pusiste en tu novela, humor negro?

—Nunca pensé en que si iba a poner sentido del humor, ternura o enojo, furia o grosería. Fue saliendo el libro tal cual. Ahora bien, yo eliminé muchos diálogos muy farragosos, muchas repeticiones, muchas sesiones espiritualistas. Ella es espiritualista.

—¿Qué es eso de espiritualista?

—Ay ¿por qué no vas? Es una cosa muy bonita. Tienes que ir al Templo del Medio Día que es el principal. Allí te curan unas sacerdotisas vestidas de blanco, ayudadas por las pedestales y las mediunidades que son las médiums entre el más allá y la Tierra. Fuimos Héctor García y yo una vez y nos hicieron una limpia. A mí me sacudieron horriblemente. Me escupieron en la cara, bueno, sacaron un bálsamo divino que se llama Loción Siete Machos y el "hermanito" Corazón de Águila que me estaba limpiando me dijo: "Oye hermana, tú no crees, tú te estás riendo." "Ay no", —respondí yo—. "Sí sí, tú te estás riendo." Entonces, para castigarme me dijo: "Cierra los ojos." Empezó a darme unas sacudidas y unas zangoloteadas tan espantosas que por mero y me tira al suelo. Yo traía un moño en el pelo y él me decía: "Quita hilacha, quita hilacha." Acabé toda desgredada, adolorida. Yo pensé que eso me lo había podido hacer porque soy chaparrita y él tenía mucha fuerza. Pero entonces pasó Héctor García y le dije al hermanito: "Hágale aquí una limpia al hermanito Héctor." Héctor se hacía el payaso y decía: "No, yo no puedo, no puedo, ahorita no, no", pero al fin lo obligaron y pasó. Fue una gran sorpresa para mí porque de repente vi al hermanito Corazón de Águila, que es chaparrito, agarrar a Héctor que es del tamaño de un elefante, cargarlo como si fuera un niño, arrullarlo y de repente decirle: "Tú estás lleno de demonios y de malos espíritus." Lo empezó a estrujar. le hizo unas llaves, lo torció todito, lo apachurró y fíjate que se oyó un crís, crás, crunch —unos ruidos rarísimos— y entonces yo pensé que ya se le habían salido los malos espíritus. Cuando ya estábamos en la calle Héctor me dijo: "Mira mi espíritu malo." Eran sus anteojos que estaban hechos chilaquil.

También su reloj estaba hecho papilla. Héctor me dijo que jamás volvería conmigo. Estaba medio enojado. Ahora ya no.

—¿Eso le hacen a todos los que van a ese templo?

—No creo. Algunos son muy creyentes. Nosotros éramos unos ateos, una gente completamente profana en ese lugar. Posteriormente he ido ya sin Héctor porque dicen que es muy malo ir con gente que tú conozcas. Si vas sola entonces sí te empapas de la religión y empiezas a rezar y te impresiona todo lo que ves, señoras que cierran los ojos y empiezan a hablar en voz alta, a confesarse en público, etcétera. A ellos les gusta mucho el espiritualismo porque dicen que no es como la religión católica en que te están dando órdenes como si fueras parte de una manada de caballos, y no te explican nada sino que te están diciendo "Muévase pa'cá y muévase pa'llá", sino que los sacerdotes, las sacerdotisas te hablan y tú respondes: "¿Es acaso a mí a quién te diriges Padre mío?" "Sí hermana, a ti, a ti te estoy hablando." Entonces tú te levantas, cierras los ojos y empiezas a decir todo lo que tú quieras: "Soñé anoche que mi marido me engañaba" —claro que no es sueño, es realidad—. Pero así es como ellos empiezan a decir, a manera de sueño, un montón de cosas; sus verdades, lo que les pasa. Mira, es como un psicoanálisis de los pobres, nada más que sin las pretensiones del psicoanálisis, y por lo tanto mucho más eficaz.

—¿No te reíste?

—No. ¿Cómo me iba a reír? Con Héctor si me reía porque los dos éramos profanos. Sola, me sentí parte de la comunidad.

—¿Ahora que estás dedicada a escribir novelas piensas dejar el periodismo para siempre?

—No, fíjate que yo extraño mucho el periodismo. Quiero regresar. Solamente que quisiera regresar haciendo algo que valiera la pena, pero es muy difícil también hacer algo que valga la pena.

—¿Que valga la pena ¿en qué sentido?

—Bueno, algo que sea mejor que lo que hice anteriormente.

—¿Ya no crónicas ni entrevistas?

—No veo qué otra cosa podría hacer sino crónicas y entrevistas pero me gustaría hacerlo por lo menos con un enfoque nuevo. Pero por ahora, estoy dejando pasar tanto tiempo que no voy a poder ni escribir. Hasta me cuesta trabajo sentarme a contestar una carta.

—¿Nunca has pensado dar clases de periodismo?

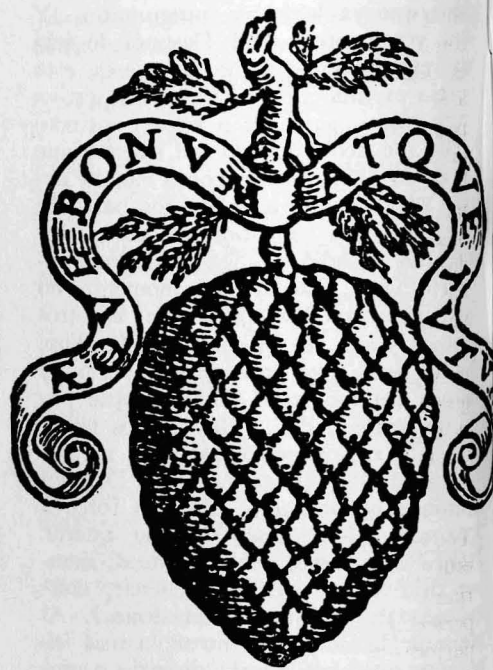
—No sé cómo las podría yo dar. Yo creo que estoy más bien para que me den clases a mí.

—¿La práctica del periodismo te ayudó a escribir tus novelas?

—Sí, me ayudó enormemente. Para interrogar a Jesusa, utilicé todo lo que me ha enseñado el periodismo... Esa diferenciación que se hace entre ser periodista y ser escritor es muy chocante. Los periodistas también son escritores. En realidad, todos escriben, y así como hay periodistas malísimos hay escritores malísimos. Ahora bien, yo pensaba que cuando tuviera tiempo para poder escribir una novela, lo haría, pero en realidad, me he convencido de que escribir no tiene nada que ver con tener tiempo o ni siquiera como dice Virginia Woolf con "un cuarto para sí". Escribir es una llamada interna, un impulso interior, un aliento, que a mi juicio, nada tiene que ver con la mesa de escribir, la comodidad, etcétera. Puedes incluso estar todo el día en tu casa y no saber ni tener de qué escribir. Eso es muy dramático y esto es lo que me sucede ahora.



—Lazarus Zetzner,
Estrasburgo, 1585.



—Giacomo Vincenzi,
Venecia, 1589.

—¿Le tienes miedo a la crítica?

—No, no le tengo miedo a las cosas relacionadas con el periodismo, pero funciono mucho mejor ante el estímulo que ante la crítica. Si me estimulan diciéndome que tal cosa les gusta, que tal otra es bonita me dan ganas de escribir más. Yo creo que toda la gente es así. Si a ti te dicen, ¿no?, que todo lo que haces es horrible, vas y te encierras en tu casa y te metes debajo de la cama. También es importante el hecho de escribir diariamente y el periodismo te obliga a escribir varias horas. Cuando estás en tu casa y crees ¡ay de ti, ilusa!, que vas a escribir una novela esperas siempre el mejor momento del día, aquél en que estarás totalmente sola, entonces te sientas ante la máquina y no se te ocurre absolutamente nada. No te rías. A mí eso me sucede. Me siento ante la página en blanco y después de media hora me pongo a llorar porque no puedo escribir. El periodismo en cambio, con su rapidez, su descuido —porque al día siguiente debe aparecer determinado artículo— te ayuda a no andarte con tantos remilgos, tanto cuidado; un cuidado que a veces sólo te esteriliza.

—¿Quiénes son los que más te han estimulado?

—El ejemplo de muchas gentes; el de Guillermo, por ejemplo, el de mi mamá, el de la tía Carito, el de Mane mi hijo, bueno mejor vámonos a la literatura... Carlos Fuentes es un estímulo; es vital, siempre está presente; da gusto encontrárselo; Sergio Pitlor: “¡La vida es magnífica, formidable!”, te dice. Juan de la Cabada —ese personaje mágico— también es un estímulo; Juan Rulfo que anda por el mundo como ánima en pena; José Emilio Pacheco —me llega muy hondo su poesía—, Octavio Paz, su obra entera y sobre todo su gran “NO” a la masacre de Tlatelolco el “Che” Arnoldo Orfila Reynal que es como un bull-dozer, no sé, tu pregunta es difícil, Margarita... Mane dice que a él lo estimulan dos buenas tostadas de pollo con su lechuguita muy fresquecita, sus frijolititos, su chilito, a Guillermo lo estimula la comprobación experimental de lo que ha pensado... Sabes también quién me estimula, la China Mendoza... He leído las primeras 36 páginas de su novela y son soberbias... Si sigue así, la China se colocará de golpe y porrazo entre los primeros novelistas mexicanos, a la altura asimismo de los que integran la novelística hispanoamericana: García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar, Fuentes... ¡Claro, estoy entusiasmada! Y no me mires como si fuera lo más exagerado que has visto... Todas estas gentes me entusiasman claro está por su trabajo; también Juan Soriano —lo quiero mucho—, y muchas personas más, que no necesitan ser ni periodistas ni pintores, sino simplemente gente que tiene una actitud muy positiva hacia la vida... Oye, yo creo que ya ¿no?

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Obras distribuidas por la UNAM

DIARIO [1911-1930]

Por Alfonso Reyes

Prólogo de Alicia Reyes

Nota del doctor Alfonso Reyes Mota

330 páginas.

Tamaño 12.5 por 19.5 cm.

Encuadernación plastificada \$ 38.00

Encuadernación empastada \$ 45.00

El diario de Alfonso Reyes es como el andamiaje de su obra y el boceto de su vida diplomática de esos años (1911-1930).

CUADERNO DE ESCRITURA

Por Salvador Elizondo

1a. edición, 1969.

163 páginas.

Tamaño 12.5 por 19.5 cm.

Encuadernación plastificada \$ 32.00

Encuadernación empastada \$ 39.00

La literatura no es una estatua, sino música; sensibilidad e inteligencia expresadas en una medida de tiempo dada.

CINCO ENSAYOS

Por Juan García Ponce

1a. edición, 1969.

184 páginas.

Tamaño 12.5 por 19.5 cm.

Encuadernación plastificada \$ 30.00

Encuadernación empastada \$ 37.00

En todas partes las diferentes expresiones artísticas se corresponden.

PROSA

Por José Gorostiza

Recopilación, introducción, bibliografía y notas por Miguel Capistrán

Epílogo de Alfonso Reyes

1a. edición, 1969.

279 páginas.

Tamaño 12.5 por 19.5 cm.

Encuadernación plastificada \$ 36.00

Encuadernación empastada \$ 43.00

Sus prosas están hechas en la helada lucidez apasionada que caracteriza a Gorostiza cuando tiene que hablar sobre un objeto.

PEDIDOS A:

DEPARTAMENTO DE DISTRIBUCIÓN DE LIBROS
UNIVERSITARIOS.

Av. Insurgentes Sur No. 299

México 11, D. F.

Tels. 5-33-42-19 y 5-33-45-16